

Colección de Antropología

Herencia, Patrimonio y Memoria



Contenido

8	Presentación
12	Colección de Antropología
20	Breve historia de la arqueología en Colombia
44	El patrimonio arqueológico en Antioquia: retrospectiva y proyecciones hacia el nuevo milenio
82	La etnografía y los museos: las colecciones como experiencia cultural
102	Comunidades negras del Pacífico colombiano
138	Pueblos indígenas de Antioquia
152	Referencias bibliográficas



Breve historia de la arqueología en Colombia

*Roberto Lleras Pérez**

*Antropólogo de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia), Máster en Artes, Métodos Científicos y Arqueología de la Universidad de Bradford (Gran Bretaña) y Ph. D. en Arqueología de la University College London (Gran Bretaña). Se ha desempeñado como docente-investigador en los departamentos de Antropología de las universidades Nacional de Colombia y de los Andes (Bogotá, Colombia), en la Escuela de Administración de Negocios (Bogotá, Colombia), y en el Centro de Restauraciones de Bienes Muebles (OEA-INAC, Panamá). Trabajó en el Instituto Colombiano de Antropología e Historia -ICANH (Bogotá, Colombia). Actualmente ocupa el cargo de Decano de la Facultad de Estudios del Patrimonio Cultural de la Universidad Externado de Colombia (Bogotá, Colombia). Ha realizado diferentes investigaciones y publicaciones relacionadas con la arqueología colombiana.

► Fardo funerario – Infante
Duitama, Boyacá
20,0 cm. x 53,5 cm. x 53,0 cm.
Reg. 13477

El ajuar funerario estaba constituido por piezas de cerámica, mochilas, agujas y collares.



C

omo ha sucedido históricamente con todas las ciencias, la arqueología no surge de una vez estructurada y con sus métodos bien desarrollados. En Colombia, como en el resto del mundo, los vestigios materiales de las sociedades desaparecidas fueron objeto de tratamientos y formas de interpretación diversas, antes de que se pudiera hablar de arqueología propiamente dicha. Estos momentos iniciales del estudio del pasado tienen gran importancia por la información que acumularon los esforzados pioneros de la investigación y por la naturaleza de sus ideas, las cuales retratan la mentalidad de la época. Desde otro punto de vista, la historia de la arqueología es, también, la historia de cómo los colombianos hemos concebido nuestro pasado indígena, de cómo hemos ido evolucionando desde la noción de tesoro hacia la de patrimonio cultural, y de la progresiva aceptación de la identidad nacional mestiza.

El comienzo

El paso de sociedades humanas por el territorio de la actual Colombia, durante varios miles de años, dejó centenares de miles de objetos enterrados en el subsuelo. Cada nuevo grupo se asentó sobre los vestigios de los anteriores ocupantes. Forzosamente, esta superposición de ocupaciones llevaba en ocasiones a realizar hallazgos accidentales. Sin embargo, hasta cuando llegaron los europeos a tierras americanas, parece que los objetos exhumados por accidente fueron muy escasos y que casi nunca se excavó intencionalmente.

La Conquista trae consigo un cambio drástico. Una vez los conquistadores europeos se percataron de las riquezas que se podían encontrar bajo tierra, se dedicaron con entusiasmo a saquear en cuanto sitio pudieron. Las crónicas dan testimonio de varias toneladas de oro y miles de objetos que se perdieron por aquella época. La costumbre de g.uaquear y el término mismo (desenterrar los santuarios indígenas o huacas, nombre que se daba a estos sitios en el Perú) vienen de aquella época. En los sepulcros y templos del Sinú y de otras regiones del país, los españoles obtuvieron, en los primeros años de la Conquista, muchas piezas valiosas que fueron fundidas y enviadas a España en lingotes. En la cordillera Oriental fueron aprehendidas las ofrendas encontradas en los santuarios, y se intentó desecar varias lagunas sagradas, como las de Guatavita y Siecha, para extraer los objetos allí depositados.

El siglo XIX

La joven república de la Nueva Granada mantuvo intacta la costumbre colonial. Una ley de 1833 otorgaba, a quien encontrara guacas de indios, la propiedad sobre las mismas, con la sola obligación de pagar al Estado un quinto de su valor. En la década de 1850 la Comisión Corográfica, organizada para estudiar los recursos naturales bajo la dirección de Agustín Codazzi, halló y dio a conocer algunos de los más importantes monumentos arqueológicos de San Agustín. Por primera vez los hombres de ciencia se preocuparon por los objetos arqueológicos y plantearon la posibilidad de estudiarlos. Esta semilla de inquietud germinó en la mente de varios intelectuales quienes, desde entonces, se dedicaron a recoger y estudiar los objetos dejados por los indígenas, y a publicar sus hallazgos. Los nombres de Ezequiel Uricoechea Rodríguez, Liborio Zerda, Vicente y Ernesto Restrepo Tirado, Miguel Triana y Joaquín Acosta Ortegón deben figurar entre los pioneros de la arqueología en Colombia.

Después del saqueo inicial llevado a cabo en el siglo XVI, la guaquería declinó en todo el territorio, hasta cuando la colonización antioqueña del Macizo y del Viejo Caldas trajo consigo un nuevo auge de esta actividad, a partir de 1850. Por entonces se realizaron famosos hallazgos de piezas Quimbayas que fueron a parar en su mayor parte al extranjero. Algunos colombianos entusiastas, como Santiago Vélez y Leocadio María Arango, conservaron colecciones que tiempo después se convertirían en el núcleo de los museos arqueológicos. El hallazgo del famoso Tesoro de los Quimbayas en el municipio de Filandia, Caldas, es un hecho memorable de esa época. El conjunto de 122 piezas, entre las cuales hay varias obras maestras de orfebrería, terminó en España en 1892, donado por el gobierno colombiano.

Muy pronto la fama de la arqueología, y en especial del oro precolombino de nuestro país, traspasó las fronteras, y los grandes museos norteamericanos y europeos se interesaron por adquirir objetos arqueológicos de Colombia. Hubo misiones cuyo objetivo fue únicamente obtener y exportar piezas, pero, al lado de ellas, llegaron también las primeras expediciones arqueológicas propiamente dichas que trabajaron en Colombia, la primera de las cuales fue conducida por el alemán Konrad Theodor Preuss, quien trabajó en San Agustín entre 1913 y 1914. La segunda la comandó el norteamericano Alden Mason y recorrió varios sitios de la Sierra Nevada de Santa

Marta entre 1922 y 1923. Aun cuando los resultados científicos de estos trabajos sólo vinieron a conocerse en Colombia años después, y aunque en ambos casos las expediciones se llevaron consigo valiosos objetos del patrimonio nacional, fue muy importante en la historia de la arqueología de Colombia que en estas dos oportunidades se demostrara que las excavaciones podían producir, además de objetos, una información histórica. Este hecho cerró una etapa y abrió la posibilidad de iniciar otra en condiciones diferentes.

Arqueólogos y antropólogos, la formación de las disciplinas

El valor de los aportes que los extranjeros han hecho a la arqueología de Colombia está directamente relacionado con su capacidad para entrenar y formar investigadores y académicos colombianos que continúen y profundicen su labor. Es decir, la capacidad de hacer escuela. En este sentido, la labor del grupo de europeos que trabajó en Colombia durante las décadas de 1930 y 1940 fue extraordinaria. Por esta época llegaron al país varios investigadores de gran trayectoria, en buena parte desplazados por las dictaduras fascistas que se impusieron en el viejo continente. El francés Paul Rivet, el alemán Justus Schotelius y el español José Pérez de Barradas se dedicaron a investigar, enseñar, promover instituciones y crear conciencia sobre el valor del patrimonio arqueológico de la nación. Mención aparte merece Gerardo Reichel-Dolmatoff, quien llegó a Colombia en este período, se radicó definitivamente en el país y realizó, durante más de cincuenta años, una colosal labor de investigación.

Éste fue un período fructífero, como pocos, en la arqueología de Colombia. La primera comisión oficial arqueológica colombo-española, dirigida por José Pérez de Barradas y Gregorio Hernández de Alba, exploró San Agustín entre 1936 y 1937, y realizó importantes hallazgos. Se crearon el Servicio Arqueológico Nacional, la Sección de Arqueología y Etnografía del Museo Nacional, el Instituto Etnológico Nacional, y el Museo del Oro. Los primeros antropólogos y arqueólogos colombianos estudiaron en el Instituto Etnológico y recorrieron el país explorando territorios hasta entonces desconocidos. De esta época datan los primeros escritos de arqueología nacional firmados por los pioneros, cuyos nombres evocan una época vital en esta historia. Luis Duque Gómez, Graciliano Arcila Vélez, Eliécer Silva Celis, Sergio Elías Ortiz, Carlos Angulo Valdez y otros constituyen la primera generación de investigadores notables. Los resultados de sus trabajos son

vitales para la comprensión de la arqueología del país; estos artículos, publicados en el *Boletín de Arqueología*, en la *Revista del Instituto Etnológico Nacional* y en los primeros números de la *Revista Colombiana de Antropología*, siguen siendo objeto de consulta permanente por parte de los investigadores actuales.

El florecimiento de la arqueología no se restringió a la capital sino que, aprovechando el entusiasmo despertado en las regiones, se instituyeron varios centros filiales de investigación en Medellín, Popayán, Barranquilla, Santa Marta y Sogamoso. Las ideas fundamentales imperantes en ese entonces sobre la prehistoria se popularizaron, y el gran público oyó hablar por primera vez sobre el poblamiento de América, las tribus indígenas, las familias lingüísticas y las técnicas metalúrgicas, entre otros temas. Esto contribuyó en gran medida a fomentar el sentimiento de identidad de los colombianos con sus antepasados indígenas y el aprecio por el legado cultural de estas sociedades.

El esfuerzo, continuado por el Instituto Colombiano de Antropología a lo largo de la década de 1950, además de rendir frutos en el campo de la investigación, también produjo resultados en otras áreas. En 1959 el Congreso de Colombia promulgó la Ley 163, que significó un avance notable para la protección del patrimonio arqueológico. Cuatro años más tarde esta ley fue reglamentada por medio del Decreto 264, con lo que se conformó un marco jurídico que tuvo vigencia por más de treinta años. El país se preocupó por consolidar los parques arqueológicos nacionales y por evitar que el patrimonio cultural terminara en el extranjero.

Tal vez fue, sin embargo, en los campos académico e investigativo en los que se realizaron los avances más importantes. Por ese entonces los investigadores extranjeros tomaron un interés mayor en la arqueología del país. En las décadas de 1950 y 1960 se hicieron significativos avances que permitieron integrar la arqueología de Colombia a los grandes esquemas continentales. Gracias a ello la disciplina se reorientó radicalmente; de allí en adelante, en lugar de explorar y excavar algunos sitios aislados y de generar conocimientos que no superaban el ámbito local, se empezaron a plantear y abordar grandes temas. A partir de estos nuevos rumbos, nació la preocupación por buscar las evidencias del poblamiento y ocupación inicial del territorio, y por entender qué características tenía y cómo se relacionaba la Etapa Formativa de Colombia con la del resto del continente.

Éstos y otros aspectos, que continuaron desarrollándose en la década de 1970, propiciaron un ambiente académico abierto y floreciente que planteó de nuevo la necesidad de formar antropólogos y arqueólogos en las universidades del país.

La época reciente

En este ambiente de estudio y entusiasmo comienza la apertura de las carreras profesionales en las universidades. Sucesivamente se abren los departamentos de antropología en la Universidad de los Andes (Bogotá) en 1963, en la Nacional (Bogotá) también en 1963, en la de Antioquia (Medellín) en 1965, y en la del Cauca (Popayán) en 1970. En la preparación de las primeras generaciones de antropólogos universitarios colombianos intervienen los grandes maestros de la época. Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff se convirtieron en el núcleo de la enseñanza en la Universidad de los Andes, Orlando Fals Borda cumplió igual función en la Nacional, y muchos de los egresados de la Normal Superior y del Instituto de Antropología, en las décadas de 1940 y 1960, compartieron sus experiencias con los nuevos estudiantes.

Paralelamente, el Instituto Colombiano de Antropología revivió la descentralización. El Programa de Estaciones Antropológicas concibió la creación de centros regionales de investigación multidisciplinaria ubicados en el cinturón marginal de Colombia. Antes de que los recursos financieros se agotaran, alcanzaron a entrar en funcionamiento cinco de estas estaciones, ubicadas en La Pedrera (Amazonas), Puerto Leguísimo (Putumayo), Cravo Norte (Arauca), Santa Marta (Magdalena) e Ipiales (Nariño). Pese a su corta existencia, las estaciones dejaron experiencias y resultados significativos. Uno de los logros más importantes de este programa fue el hallazgo del sitio arqueológico Buritacá 200, mejor conocido como Ciudad Perdida, que puso de relieve la magnitud e importancia de la cultura Tairona.

Los años transcurridos desde 1980 hasta el presente han estado marcados por una desigual combinación de hechos. El gremio de los arqueólogos ha crecido, pasando del puñado de pioneros de los años sesenta, a ser una comunidad amplia en la cual están representadas todas las tendencias teóricas y metodológicas conocidas. El intercambio con los otros países de América Latina y del mundo se ha incrementado, y ha roto el aislamiento que antes imperó; hoy es usual

que los profesionales adelanten estudios de posgrado en el exterior, que se utilice la bibliografía extranjera extensamente y que los resultados de los estudios hechos en Colombia se divulguen en foros internacionales.

El Instituto Colombiano de Antropología y las demás instituciones relacionadas con la arqueología han sufrido altibajos. A la larga, unas se han fortalecido y otras han desaparecido. Los recursos dedicados a la investigación han pasado por épocas de extrema escasez y por otras de inusitada bonanza, como la que ocurrió entre 1990 y 1998, cuando se realizaron centenares de proyectos de arqueología de salvamento, financiados por las empresas constructoras de obras de infraestructura vial, petrolera y eléctrica. En años recientes, la investigación de campo se ha visto afectada por la situación general de inseguridad que se vive en el país. En contraste, la investigación en las colecciones de los museos se ha revitalizado.

La promulgación de la Constitución Política de 1991 representó un importante avance en la protección legal del patrimonio. En la nueva carta fundamental, el país reconoció que los objetos del pasado indígena tienen un valor vital, más allá del monetario, y que conforman parte de la identidad nacional. La declaratoria del patrimonio arqueológico como bien público sentó la base para controlar la excavación clandestina y el tráfico de piezas. El saqueo de los yacimientos arqueológicos, no obstante, ha continuado y se han presentado episodios que han arrasado con parte importante de la historia indígena prehispánica. Colombia se enfrenta, al principio del nuevo milenio, con una tradición de estudios arqueológicos de cerca de un siglo, y con la voluntad firme de continuar descubriendo, preservando e investigando su pasado indígena. En éste, como en otros casos, hay una desigual lucha entre estos propósitos y una multitud de condiciones adversas.

Referencias bibliográficas

Breve historia de la arqueología en Colombia

Duque Gómez, L. (1955). *Colombia: monumentos históricos y arqueológicos*, México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN). (1985). *Informe de labores 1972-1984*. Bogotá: Banco de la República.

Londoño Paredes, M. (1975). *Panorama del desarrollo de la arqueología en Colombia*. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Lleras Pérez, R. (1985). "La arqueología y los arqueólogos en Colombia. Cinco siglos desenterrando el patrimonio histórico", en: *Nueva Frontera*, N° 56-57.

Nueva Frontera. (1976). *Legislación sobre el patrimonio cultural*. Documento N° 9. Bogotá.

Soto Holguín, A. (1975). "Introducción al programa de las estaciones antropológicas", *Revista Colombiana de Antropología*, V. 18, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología (ICAN). pp. 13-19

El patrimonio arqueológico en Antioquia: retrospectiva y proyecciones hacia el nuevo milenio

Aceituno, J. (1998). "Arqueología y desarrollo sostenible en Colombia", *Complutum* N° 9, pp. 335-344.

Ardila, G. (1998). *El poder en escena: Colombia prehispánica*. México: Museo Nacional de Antropología de México – Museo del Oro del Banco de la República.

Bate, L. (1998). *El Proceso de investigación en arqueología*. Barcelona: Crítica.